

RECUERDOS DE LA SABOYA Y EL JURA

POR JUAN MARIA FELIU

UNOS DIAS ENTRE LAGOS Y BOSQUES

Huyendo del mal tiempo, bajo un cielo encapotado, desciendo del corazón de los Alpes, el gigante alpino de Mont-Blanc, hacia una zona más propicia para continuar con mis actividades montaÑeras, juntamente con mi compañero de andanzas, Juan Miguel.

Allá arriba, en las altas cuencas del Arve y del Isere quedaron hechas algunas de nuestras ilusiones montaÑeras. El mal tiempo, enemigo número uno del montaÑero ha terminado con nuestra paciencia y recursos monetarios, después de una larga espera en Chamonix para poder continuar nuestra excursión hacia Courmayeur en el valle italiano de Aosta, a través del glaciar del Gigante.

Un estridente pitido de la máquina del cremallera nos anuncia la llegada del convoy en el que viajamos, a la coquetona ciudad alpina de Rocher-sur-Foron en la entrada de la Saboya de los lagos bosques.

Ante el majestuoso fondo de los Alpes Saboyanos que dejamos atrás en nuestro alocado trenecillo, cubiertos de espesas nubes que dejan escapar un fiero diluvio, vemos bajo un esperado sol de Julio, la belleza auténtica de la Saboya, pueblecitos, poblaciones medievales y ciudades populosas, se hallan dispersas por toda la gran extensión de bosques y lagos haciendo un curioso contraste.

Cambiamos de tren para seguir hacia Aix-les-Bains mientras el que nos ha traído descende por la verdeante llanura a la cercana ciudad suiza de Ginebra que tanto sabe de convenciones y reuniones internacionales, situada en las riberas del plateado lago Lecman, el cual parpadea en toda su extensión bajo la influencia de los rayos solares.

Desde Rocher-sur-Foron, la línea del tren bordea el río Fier franqueando después de pasar el maravilloso rincón que nos proporciona Aneccy y su lago, las famosas «Gorges du Fier» con sus paisajes llenos de íntima belleza.

PYRENAICA

Una vez en Aix-les-Bains, volvemos a salir pitando, claro está con otro tren en dirección a Ginebra. Esta vez el viaje es ascendente y el nuevo tren nos lleva por las orillas de un nuevo lago, famoso por su gran extensión. El lago de Bourget, baña en sus orillas la ciudad de los balnearios de Aix-les-Bains, así como la famosa Abadía de Autecombe, lugar donde reposan los restos de los Reyes de Saboya.

El tren se lanza ahora por las riberas del río Ródano escalando por las paredes escarpadas que bordean, a izquierda y derecha, el valle del Ródano, cuyo río hace de divisoria entre los valles de Ain y Haute Savoie casi sin darnos cuenta, embebidos por la encantadora belleza del paraje, dejamos de hacer un nuevo transbordo en Culoz ya que el tren marcha para Lyon.

Al fin, después de recorrer la Saboya en su total extensión llegamos a nuestro punto de meta en Seysel donde hacemos campamento base para salidas relámpago a este parasidático lugar alpino.

Amanece... Con el sol del mediodía que cae a plomo sobre nuestras cabezas salimos de Seysel para Bassy donde comemos en este pueblecito de tejados característicos que no hacen más que atraer nuestras miradas en el tiempo que dura nuestra estancia en él.

Vista general de SEYSSEL con el Ródano atravesando esta pintoresca población de la Saboya, cuyas aguas dividen los departamentos de Ain y Hte. Savoie.



Dejando atrás Bassy, pasamos siguiendo la carretera de Ginebra, a orillas del Ródano, la zona de Genissant, la ciudad de la industria Saboyana; Bellgarde y Chatillón-de-Michaille en las faldas de la cordillera del Jura, de donde iniciamos nuestra ascensión por una serpenteante carretera que gana altura con endemoniada rapidez. Pronto la Saboya con todo su esplendor, va perfilándose mientras ascendemos después de dejar la carretera terminal en un parador hacia la cima culminante del Jura Saboyano de la Crête d'Eau.

Desde la cumbre Jura, vemos y exclamamos a la vez de otros turistas y también algún montañero despistado como nosotros, las maravillas con que el divino Creador a tenido con esta zona alpina. Una encantadora visión de montañas verdes de bosques salvajes y blancas de extensos glaciares, todo salpicado de lagos de mil tonalidades nos hacen vivir unos momentos de completo olvido con el resto del mundo y de la vida.

Pasa el tiempo... Un día se marcha, el paisaje se va borrando con la oscuridad que avanza de la noche. Poco a poco miles de insignificantes puntos luminosos se encienden, las estrellas en el firmamento y las luces artificiales del hombre en los frondosos valles. La naturaleza viva comienza a dormir.

Mientras volvemos hacia Bassy, contemplamos una vez más en el horizonte, el gigante blanco de Mont-Blanc como una gran antorcha viva que recibe los últimos rayos del ocaso. Allí, cerca de los 5.000 metros quedó un bello recuerdo de unas andanzas por los Alpes, ahora como queriendo no perderlo nunca de vista esta maravillosa visión, esperamos que la luz termine con su visión en la montaña más alta de Europa.

Luego seguimos para Bassy.